

“Felices los que no
se escandalizan
de mí”

(MAT. 11,6).

Carta del Obispo de Osorno

a sus diocesanos.

1971

Durante cuarenta días he mirado desde lejos el alma de mi Diócesis, sin dejar de sentirme ligado a esta porción de personas cuya vida ha quedado misteriosamente unida a la mía, pasando a ser “mi madre, mi padre y mis hermanos”.

En medio de viajes cansadores pero enriquecedores, en el silencio de algún claustro o en el eremo camaldulense de Fracati, he ido ensartando pensamientos para conversar con ellos sobre las grandes cosas que traemos entre manos los que hemos sido marcados con la inquietud del Espíritu, cosas sobre las cuales se hace necesario hablar, como haciendo eco a una Voz que habla siempre desde lo infinito, con palabras eternas y con hechos del tiempo que las van confirmando, talvez ante los ojos atónitos de quienes ignoran el origen y el destino de todo, pero ciertamente ante la sonrisa interior de los que aprendieron a descifrarlas, porque saben hablar con el Padre en un mismo idioma. Aquellos que con un soplo fraternal de Cristo sobre su espíritu, con el EFFETA bautismal de la resurrección espiritual, viven la vida de la Augusta Trinidad participada por Gracia.

Es muy grato hablar a mis diocesanos. Es el deber ineludible del Obispo: “El mundo se pierde cuando los cristianos se callan”, clamaba Catalina de Siena. Pero no es fácil hacerlo, sobre todo en estos tiempos de confusión, de contestación, de resistencia y de inquietud.

Valga la humildad de un pastor que no se considera sabio, ni estadista, ni sociólogo, ni político, ni siquiera teólogo. Es simplemente PASTOR, que ha sido llamado a servir, y que aprendió a amar hasta dar la vida por sus ovejas. Es lo único que tiene, y espera que eso le valga, como a Pedro, cuya respuesta a Jesús tomamos por lema episcopal: “Señor, tú sabes que yo te amo”.

Es ésta solamente una carta, que aspira a ser eco de la voz de Dios, dictada por el amor, como una deuda por pagar a mis diocesanos por los cuarenta días de ausencia durante los cuales respiré aires de espiritualidad viva en diversos lugares donde Cristo tiene fuertemente sus reales, sobre todo en Roma, sede de su Vicariato en la tierra.

IMPRESIONES

Con los sentidos y el alma bien abiertos para captar el significado de la Europa de hoy en valores absolutos, uno siente estremecerse su interior como el suelo bajo los pies en un terremoto.

La humanidad en la hora actual se va pareciendo a un monstruo gigante, contrahecho y desproporcionado, con hipertrofias peligrosas y atrofiadas espantosas, carconido por gérmenes no difíciles de reconocer, que precipitaron en otras épocas a más de una civilización desde una cima a un caos.

¿Es posible que la civilización de las naves espaciales, de los aviones supersónicos, de las olimpiadas mundiales, de los titanes del box y de las actrices "divinas" que mudan de marido como las gansas mudan de plumas; que la civilización de las mil universidades, de los teatros de aire acondicionado, de los poderosos bancos con calculadoras electrónicas; de las solemnes asambleas en las que se deciden los destinos del mundo; de los armamentos multiplicados en carrera vertiginosa por competencias insoportables... es posible que esta civilización, orgullo del superhombre, ignore, desconozca, desprecie y oprima al hombre, a tantos hombres, niños, ancianos, pobres, subdesarrollados, inocentes? ¿Es posible...? Si es desastrosa realidad. Ignorando el origen, la historia auténtica del ser humano, la persona pierde su valor; sólo vale si produce, y por lo que produce. Es un número, o un robot, algo así.

La clave está en la ignorancia de Dios, en el desprecio de su voz que habla a la conciencia y que se ha revelado en la Historia de la Salvación. No se le ama ni se le obedece. Dios

ha pasado a ser algo que carece de importancia, y en consecuencia, el hombre no importa.

El coloso de la civilización moderna está ciego, y como ebrio de su propia capacidad, está a punto de desplomarse.

"Nuestra civilización, escribe Alexis Carrel, Premio Nobel, ha olvidado el haber nacido de la Sangre de Cristo".

La revolución de la cruz había enseñado a los hombres a reconocerse hermanos, hijos de un Padre que los creó por amor, con un mismo destino, liberados del error y del vicio por la Gracia sobreabundante de Cristo. Lo han olvidado, y piensan, al igual que los paganos, lograr una civilización fundada sobre la arena, sin fe, sin esperanza y sin amor, sin Iglesia, sin Cristo y sin Dios. Olvidaron estas grandes lecciones, que lograron impregnar y fecundar nuestras leyes, nuestras mentalidades, nuestros pueblos libres, de suerte que inmensa cantidad de nuestros contemporáneos han dejado vaciarse sus espíritus y carecen de este fundamento esencial del pensamiento y de la vida, ignorando fatalmente las riquezas del orden espiritual, de las que tan maravillosamente escribió Pablo, han llegado a transformarse en víctimas y en artífices del ateísmo, práctico primero, y luego sistemático, y por último totalitario. Aquél neutraliza al ser humano, y éste lo oprime. Y la miseria se apodera de él.

¿PESIMISMO?

¿Qué he visto y he experimentado en Europa durante cuarenta días?

Naturalmente, cada cual encuentra lo que busca, en ese mundo vivo de contrastes, grandezas, bajezas, luces y sombras. Cada uno enfoca con sus propios ojos lo que quiere enfocar. Sin embargo, están a la vista los fenómenos y hechos que acusan un desarrollo falto de proporción humana, de sentido común y de tranquilidad ordenada. Así algunos ejemplos:

-- la facilidad para trasladarse con medios técnicos admirables engendra agitación permanente. No hay tiempo para reflexionar, hay que correr.

- El goce de todos los sentidos engendra hastío, aburrimiento, desgano y embotamiento. Está a la vista la situación de los "hippies".
- El progreso químico ha engendrado drogas para alucinar en tal forma, especialmente a la joven generación, que la "droga de la muerte" ha llegado a ser el espanto de los responsables por sus estragos incalculables. Otro tanto vale de los endógenos, con los embarazos monstruosos.
- Los días destinados al descanso, a la recreación en las cosas del espíritu, que son las de Dios, se convierten en diversiones exigentes, en excursiones agitadas, en giras que terminan en cansancio extenuante. Los accidentes del tránsito los fines de semana se multiplican.
- Los centros intelectuales destinados a ser luz, son centros de discusión y de confusión ideológica, sometidos al afán de novedades propaladas por lumbreras fugaces del pensamiento, a veces geniales, pero sin raigambre en la Verdad.
- La familia se desquicia por el culto de la personalidad mal entendida, por el ansia de libertad y el naufragio del amor auténtico.
- La pornografía provocadora, en manos de mercaderes sin Dios ni ley, rebaja la dignidad humana hasta dejarla a nivel animal, a lo que se suma una moda femenina y unas costumbres no sólo contrarias a la moral cristiana, sino directamente degradantes.
- La inestabilidad política mantiene en suspenso a responsables y a grandes sectores sociales, allí donde hay libertad de expresión y de cultura.
- Hay, además, una serie de fenómenos del orden físico y químico alterados por el hombre, como ser la contaminación de las aguas, la saturación de gases en la atmósfera urbana, que amenazan la salud y la vida humana.

Podríamos seguir. Una mirada pesimista, se diría; y es en realidad la de mucha gente, tan numerosa, sin duda, como los ilusos que creen en el "progreso indefinido" y ciego, que dará al hombre simplemente la felicidad. Para quien ha co-

nocido la vieja Europa hace 40 años, el progreso del bienestar debido al desarrollo económico, tecnológico y científico, ciertamente no ha traído ni mayor alegría, ni mayor estabilidad.

Sin embargo, la humanidad sigue creyendo y esperando algo que no conoce, o que ha perdido de vista. Es por eso que se lanza ciegamente por el camino que le presentan, generalmente sin discernir la finalidad ulterior, olvidando la gran maestra que es la Historia, en cuyas páginas se relata a dónde fueron conducidas sociedades, en épocas pasadas, que ignoraron o despreciaron la finalidad correspondiente a la naturaleza espiritual del hombre, o la vilipendiaron ante los engaños de bienes falaces. Se desintegraron.

Hace el efecto que el progreso material y aun la cultura intelectual, sin el espíritu constructivo, creador, que es el Amor, el Espíritu Santo, carece de seguridad, de enfoque orientador y finalidad determinada.

"La Iglesia que fue instituida para conducir a los hombres a Dios, tiene mayor eficacia para orientar los problemas humanos y sociales hacia su solución que si hubiese sido instituida para solucionarlos. (Pío XII).

El hijo de este siglo, inmediatista, calculador, oportunista, encerrado en estructuras forzadas, cree en el poder de la inteligencia, de las armas, del capital, del estado, del progreso. Nosotros, hijos de la luz "Hemos creído en el amor". Nos lo enseña el Evangelio.

PRESENCIA DE DIOS

En nuestro viaje tuvimos por meta algunos santuarios, algunos centros de vida espiritual, Roma. Un enfoque de este carácter logra siempre enriquecer espiritualmente a quien tiene antenas para captar ondas de eternidad propias del cristiano. Como dicen los teólogos, es el carisma profético, mediante el cual el cristiano, ciudadano del tiempo y del espacio, detecta en conversación con Dios, las dimensiones del infinito y de lo eterno, participante de la naturaleza de Dios, según enseñanza de Pedro.

Para tantos desorientados de hoy, que pierden su confianza en la Iglesia y se desilusionan de ella, porque no da en el gusto a sus mil concepciones, imágenes e imaginaciones surgidas de los cambios experimentados en la humanidad, convendría un estudio profundo y filosófico de la Historia de la Iglesia en sus grandes encrucijadas, en las cuales la fe sencilla, la adhesión cordial, la misma fe que exigió el Señor Jesús a los pobres de su tiempo, condujo adelante la salvación humana confiada a Ella, obteniendo ese milagro permanente de la resurrección espiritual del alma humana que es la vida cristiana, que fue llevada hasta lo heroico por nuestros hermanos los Santos. Por desgracia, hoy, el orgullo, la vanidad, el intelectualismo, el criticismo y otras dolencias de los hijos de Adán, les impiden considerar las grandes verdades, los sucesos humanos en profundidad, la voz de Dios que habla siempre. El salmista, ansioso ante esta decadencia exclama: "Escúchanos, Señor, porque ya no hay santos; porque se han achicado las verdades a los hijos de los hombres". (Salmo 11,1).

El enriquecimiento espiritual, el crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad, bien conocido por los peregrinos fieles de los antiguos tiempos, y no menos de la actualidad, adquirido en los grandes santuarios, es patrimonio de todos los cristianos. Con esta inquietud me postré en aquellos lugares que visité, con el alma abierta a la acción de la Gracia, pensando en poder participar tesoros del espíritu a los diocesanos que siempre llevo conmigo, como la madre a sus hijos en su corazón.

EINSIEDELN.

Recién llegados a Suiza, el primer saludo debía ser para nuestra Madre, en su santuario suizo, uno de los más venerables de Europa. En un rincón verde de los Alpes, rodeado de picachos nevados, en medio de negros bosques, se levanta este inmenso monasterio con su iglesia barroca, allí donde vivió, por el año 1030, el ermitaño San Meinrado. A través de

diez siglos miles de peregrinos invocan allí con inmenso consuelo y provecho espiritual el auxilio de la Madre. ¡Cómo no habíamos de pedir para nuestra Diócesis, para nuestra lejana Patria, ese auxilio y esa ayuda única, que logrará hacer de nuestro País una familia unida por el respeto, la comprensión, el amor fraterno! Precisamente allí nos sorprendió la noticia del asesinato de un ex-ministro de Estado que llenó de consternación la opinión del País y del exterior.

MILAN.

Un obispo no ignora quién fue San Ambrosio, sus enseñanzas de Doctor y Padre de la Iglesia Latina, lumbrera de santidad y de acción pastoral. Veneramos sus restos mortales en la catedral de su nombre, allí donde predicaba, donde se convirtió San Agustín, donde fue compuesto por ambos, al recibir éste el Bautismo, el himno de Acción de Gracias TE DEUM LAUDAMUS. Y luego, nos arrodillamos ante los restos de otro obispo insigne en esa magnífica ciudad, San Carlos Borromeo, mil años posterior a San Ambrosio, sepultado en la cripta del Duomo. Es ésta una de las siete maravillas del arte universal, imposible de describir con palabras por la impresión de grandeza, sublimidad, belleza y espiritualidad que imprime en el alma. Qué significativo símbolo de la Iglesia de Cristo es una bella catedral, como la de Milán.

MONTE ALVERNIA.

Por curvas estrechas fuimos subiendo, en la Provincia de Toscana, a este monte en cuya cima, a 2100 m., está el convento franciscano fundado por el Poverello, entre peñascos y los abetos inmensos del bosque, donde él pasaba sus largas cuaresmas de ayuno y oración. Fue sobre uno de esas rocas donde, orando una noche memorable, (17-IX-1224), quedó señalado con las llagas de Cristo, a semejanza del Maestro. En aquella altura solitaria, centro hoy de peregrinaciones de amigos de San Francisco de todo el mundo, se comprende el

vigor de las obras de Dios a través de sus grandes amantes que son sus mejores apóstoles. Tres días de retiro en La Verna renuevan el alma en los ideales franciscanos.

ROMA.

Quien llega a Roma como turista de mirada superficial, o con los prejuicios puestos de moda por los "contestatarios" que no soportan el "suave yugo de Cristo", ignorantes del contenido histórico y del destino incontestable de la Ciudad de Pedro, se detiene en las exterioridades, y no logra captar el significado misterioso y real de la antigua capital del Imperio. Predicando sobre el destino de Roma, el Papa San León Magno dice: "La que eras maestra de todos los errores te hiciste discípula de la Verdad".

¿Cómo describir la emoción que siente el católico cuando llega a Roma? Para este servidor era la duodécima vez. Es una emoción a la vez de amor divino y de amor humano, que penetra hasta las últimas fibras del alma, la cual se siente, igualmente, hija de Pedro por la fe, e hija del antiguo Imperio, cuya cultura fue la cuna de la nuestra, de nuestras lenguas latinas, de nuestra manera de pensar y de sentir, de nuestro pasado histórico como pueblos civilizados. Recorrer las galerías interminables de las catacumbas de San Calixto, de Domitila, de San Pancracio, de San Sebastián, sobre todo de Priscila; es oler la sangre fresca de nuestros mártires. Sentir la brisa vespertina en la dorada luz romana mientras se contemplan centenares de cúpulas y torres de más de setecientas iglesias, y comparar los planos de los hombres con los planos de Dios es una luz que ayuda a comprender la fuerza invencible de la revolución de la cruz anclada en la Palabra y en el amor de Cristo. Sólo esta revolución logró abatir los errores de la filosofía pagana y los abusos del poder tiránico de los césares, superó sin destruirlas, sino aprovechándolas, las riquezas de la filosofía clásica, del derecho, de la literatura y del arte de la antigüedad. Con el espíritu del Evangelio fueron superados e integrados los valores latinos, y luego, unos

tras otros, los valores de los pueblos bárbaros transformados, por la misma fuerza, en pueblos libres y cultos bajo el signo de Jesús y a la luz de la fe.

Quien mira la ciudad desde la cima de alguna de sus colinas, ve dominar la cúpula de San Pedro con serena y tranquila majestad. ¿Tranquila? En realidad no se puede entrar en la gigantesca nave, sobre todo en días de solemnidad, codo a codo con los fieles de todos los continentes, sin hacer un recuerdo de otras muchedumbres temibles que, en ese mismo lugar, anteriormente circo de Nerón, con ritos sanguinarios, aclamaban al César que ofrecía a la plebe enardecida víctimas humanas. Fue allí donde Pedro el Apóstol murió crucificado en la primera persecución, siendo sepultado en el adyacente cementerio, recientemente puesto en la luz por los arqueólogos modernos. ¿Por qué surge este recuerdo espontáneamente desde el fondo de los tiempos, tan evocador, y se mezcla con la explosión de alegría auténtica en el corazón cristiano que llega a ese sitio como al centro de su Iglesia? Es porque en Roma todo vive en permanente simbiosis: el presente reclama la presencia del pasado, y el pasado surge a cada paso en el presente. Cada cristiano revive en Roma la historia de su Fe, un poco fuera del tiempo, en los confines de la eternidad. Por ello, si Roma es un símbolo hermoso cual ninguno de la Iglesia celestial, lo es también de la Iglesia militante y sufriente. Es mucho más, por tanto, que la emoción retrospectiva de un pretérito del cual sólo queda un recuerdo. Es un símbolo real y vivo de la superioridad invencible del poder del amor sobre todos los sistemas inventados por el hombre en busca de la verdad, del poder, de la justicia y de la paz. Decir ROMA es decir AMOR. (léase al revés).

"En esta extraordinaria seguridad verdaderamente imperturbable del cristianismo en la indefectibilidad de su fe y de su verdad, según Teilhard de Chardin, es imposible no ver palpablemente la obra de Dios". Es en este respecto donde hace falta a los cristianos, que hoy sienten debilitarse su fe en la Iglesia, un mayor conocimiento objetivo de su historia indefectible. ¡Cómo se la ama cuando se la conoce! ¡Qué

absurda resulta esa especie de complicidad con los destructores de la Iglesia en aquellos católicos que son indiferentes para con la Madre Iglesia, o imbuídos de prejuicios o infiltrados de errores de filosofía a la moda, mueven la crítica demolidora sembrando el desamor, la desintegración, como si el cristianismo, como si el Evangelio, pudiese mantenerse sin la base institucional de sustentación que Dios le diera, la Iglesia de Cristo!

LA LUZ ESCONDIDA

En esta conversación con mis diocesanos, tan mal hilvanada, por la rapidez y la falta de tranquilidad para escribir en medio de los viajes, no puedo dejar de filosofar un tanto con ellos y para ellos.

Junto con viajar por tierras de antigua y siempre viva cristiandad, voy recorriendo en la mente las incontables manifestaciones de la presencia de Dios en su Iglesia, de sus bondades luminosas, de las maravillas de todo género realizadas a través de los siglos en el Pueblo de Dios y por su intermedio especialmente por los más fieles de entre ellos, los "santos", señalados como la luz para los demás. Al respecto, con ansiedad hoy se constata una desconfianza incomprensible de parte de grandes sectores cristianos hacia la Iglesia, y en especial hacia los santos, que son su gloria y su corona, integrados a su organismo vivo, que es el Cuerpo de Cristo.

Es cierto que hoy se habla y se escribe de la Iglesia en todo sentido, y se discute acerca de ella por angas o por mangas. Sin embargo, de la duda se pasa a la crítica, de la crítica al menosprecio de su institución, y a la conjuración del silencio ante los mil ataques solapados o patentes que recibe desde fuera. Hay que preguntarse a veces si aquellos que así piensan de la Iglesia pertenecen aun a su alma y a su cuerpo. Se llega, sin dificultades de conciencia, hasta la apostasía del corazón, a la falta de adhesión a la Iglesia tal como ella es, esposa de Cristo y madre de todos los creyentes.

Una cortina de humo, tendida por la ingratitud, olvida, desprecia o reniega de la obra redentora incomparable e indefectible realizada por ella a través de los siglos. Se la enjuicia desde todos los ángulos; se critica sus instituciones, se vilipendia su jerarquía o se la juzga con criterios subjetivos faltos de la luz de la fe y de la comprensión de la caridad. Se desprecia su tradición incomparable. Se pone en tela de juicio su Magisterio. Se ignora su santidad intrínseca que continúa germinando santos de todas las dimensiones y en todos los estados de vida, en el esfuerzo permanente de sus sacerdotes, religiosos y fieles más humildes, abnegados y amantes.

Se echa en cara a la Iglesia el no haber obtenido la "liberación" del hombre, entendiéndose por ello ante todo la liberación económico-social y política, como si nunca hubiésemos oído: "buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todas las cosas os serán dadas por añadidura". Porque el compromiso temporal cree poder reemplazar la dependencia humana de los designios de Dios y de su Providencia, desplazando la Redención y la salvación eterna hacia la igualdad social, económica y política, como si el Evangelio no fuese, en primer lugar, el llamado a la conversación del corazón para su encuentro con Dios, afirmado enfáticamente como "lo único necesario" por el Maestro. Sólo en este contexto adquiere vigor cristiano el compromiso temporal.

Ciertamente asistimos a la "humillación de la Iglesia", pero una humillación más dolorosa que la provocada por los de fuera, por los que sólo ven los defectos de los cristianos y la ineptitud de las estructuras. El dolor más grande de una madre no es la persecución de los extraños, sino la ingratitud de sus hijos, cuando le enrostran "arrugas y manchas" que son propios sólo de ellos. Integrada por pecadores, Ella a todos transmite el llamado a la santidad que ella posee en sus misterios de vida, en sus sacramentos de gracia, en los ejemplos y la intercesión de sus santos, en todas sus enseñanzas. "Grandes son los sufrimientos de la Iglesia en las persecuciones promovidas por sus enemigos; mayores son los que provocan los cristianos que se aparten de ella; pero los peo-

res son los causados por la ingratitud de sus propios hijos”, exclamaba San Bernardo, monje contemplativo, predicador y Doctor de la Iglesia.

Uno se pregunta a qué se debe el que hoy se haya llegado a este estado de ánimo, en tantos ambientes que se confiesan católicos, especialmente en sectores desarrollados cultural y socialmente. No se trata en esto de culpar a los opositores, sea integristas, sea reformistas, conservadores o progresistas, los cuales imaginan una Iglesia conforme a sus concepciones. Se trata de tantos católicos que no se integran a la Iglesia, no vibran ante sus problemas, no colaboran en su labor redentora dando a conocer sus maravillas. Posiblemente es una consecuencia de la lucha interna llevada con pasión entre sectores de oposición que, olvidando el escándalo que causan por su sectarismo, obstaculizan una adhesión que requiere claridad, comprensión y caridad para hacerse efectiva.

Una serie de concepciones falsas del hombre, del pensamiento, del mundo y de la sociedad, han contagiado innumerables mentalidades de cristianos. Como narcotizados e insensibilizados, se han hecho incapaces de percibir las exigencias del amor, resumen y ley suprema de la redención y de toda superación humana. Quisiéramos en esta carta señalar brevemente algunas raíces de esta situación que urge superar, de manera que la unidad de fe y de acción apostólica de los que formamos la Iglesia de Cristo disipe las dudas, las confusiones, las opresiones y lo peligros mortales del espíritu humano.

CONTAGIO RACIONALISTA.

Una clase de orgullo sutil, es pretender saberlo todo, comprenderlo todo, como si la razón fuese omnipotente y nada se pudiese aceptar que supere su alcance, o cuyo conocimiento proviene de otra fuente, como ser el testimonio de otra persona. Así sucede con el cristiano contagiado de racionalismo, que se va negando a dar crédito a la Revelación cristiana, la cual contiene el depósito o sea la doctrina de la fe. La re-

chaza en todo o en parte porque no la comprende, porque no le gusta, o, lo más corriente, porque implica deberes morales y actitudes correspondientes: “Dijo el necio en su corazón: no hay Dios”. ¿Por qué razón el orgullo humano niega que el Creador y Señor del universo se pueda manifestar auténticamente al hombre? ¿Con qué argumentos se rechaza el testimonio de los apóstoles, los mártires, los santos, los misioneros, las intuiciones, las comunidades de fe, a través de veinte siglos? Sólo un contagio de racionalismo pudo arrastrar a tantos fieles a la duda, la indiferencia y el rechazo de la fe. Del racionalismo se derivó al positivismo, y luego al cientismo, que contrapone artificialmente la ciencia a la fe, como si fuesen incompatibles, como si el Dios de la Revelación no fuese el mismo Dios autor de las ciencias y de todas las cosas.

Difundida esta ideología con el favor de la educación laicista, divulgó la especie de que ciencia y religión se oponen, sembrando la idea de una Iglesia oscurantista. Grandes científicos como Alexis Carrel, Einstein, Marconi, Gianfranceschi, por no citar sino algunos modernos, no se alejaron sino que llegaron a la fe, o la aumentaron, con los nuevos conocimientos científicos adquiridos. Menos aun debería haberse llegado entre cristianos a renegar del universo espiritual maravilloso que es el mundo cristiano con su cultura, su humanismo, su caridad, su teología, su mística y su manifestación insuperable de expansión, complementación y superación humana y social. Resulta incomprensible que en países que se tienen por cristianos reine tal ignorancia de la Revelación con toda su magnificencia espiritual. Es este vacío lo que explica el desequilibrio reinante en una cultura fundada por principios cristianos adquiridos por nuestros padres, pero despreciados hoy por las víctimas del contagio racionalista. La tentación de soberbia luciferiana de que hablan las primeras páginas de la Biblia, de nuevo ha traicionado al hombre: “seréis como Dioses”. (Gén. 3,5) Idolo de sí mismo y cerrado al conocimiento que le viene de Dios, el hombre no sólo se detiene en su avance humano integral, sino que tambalea en un universo sin salida, limitado a la estrechez de las luces de la razón.

En el avance innegable de la ciencia moderna, lejos de fosilizarse el cristianismo recibe permanentemente un nuevo vigor al contacto con estas concepciones modernas del universo, y se pone a la cabeza, hoy como ayer, de la vertiginosa ascensión hacia el porvenir, sin ceder ninguno de sus principios fundamentales, sino más bien confirmándolos en un contexto más y más auténtico. Esto tiene una explicación fácil y clara: "La ciencia es un impulso hacia la creación, dice el científico Baruley, mientras la fe es un impulso hacia el Creador".

Aunque hoy el racionalismo está superado como sistema, y desprestigiados sus ilusos promotores que tuvieron su apogeo en el siglo pasado, el "siglo de la luz"; sus raíces tienen rebrotes tanto entre los ignorantes de lo que es cristianismo, tentados por el orgullo intelectual, como recientemente por lumbreras fugaces de una nueva teología afanada por novedades sutiles, que desorienta a los incautos. "El cielo y la tierra pasarán, dice el Señor, pero mis palabras no pasarán".

Según Alexis Carrel, "El hombre tiene necesidad de Dios como del oxígeno y del agua. La influencia de la oración sobre el espíritu y el cuerpo humano es demostrable con la misma facilidad que la secreción de las glándulas. Sus resultados son un acrecentamiento de energías físicas, de vigor intelectual, de fuerza moral, una comprensión más honda de la realidad fundamental".

LIBERALISMO ECONOMICO.

De la idolatría de la razón pasaron los hombres de nuestro tiempo a la idolatría del dinero, viejo ídolo —el becerro de oro de que habla la Biblia— bajo el cual sucumbieron frecuentemente los hijos del Pueblo de Israel, tan privilegiados en el plan de Dios. El cristianismo junto con la reconciliación con Dios, trajo consigo el sentido de la comunidad fraterna. La primitiva Iglesia, según narra la historia de los Hechos de los Apóstoles, era una comunidad libre vivificada por el amor, incluyendo la comunidad de bienes, como hasta hoy se

realiza en las comunidades religiosas, donde todo es de todos por libre disposición de cada cual. Más tarde, ante la imposibilidad de realizarse comunidad de bienes en todos los niveles, se fue organizando con sentido comunitario el servicio de los más necesitados. El Estado pasó a servir de árbitro en la distribución justa y en los servicios, como los asilos, los orfanatorios, los hospitales; en la Edad Media todos eran organismos religiosos y al mismo tiempo civiles. Igualmente el trabajo, especialmente de los artesanos, se organizó en gremios, destinados a la custodia de los intereses de los operarios y al perfeccionamiento de sus oficios, los que llegaron a una perfección nunca igualada en su inspiración artística y humanista. Al llegar la máquina y al entrar el afán de lucro de sus dueños, junto con el humanismo liberal, hijo de la ruptura de la unidad de la fe y del racionalismo, entró el liberalismo económico. Los gremios fueron suprimidos por la nueva legislación liberal, y abolidas las sociedades mutualistas todas ellas de carácter religioso. El que escribe recuerda en su infancia haber conocido las mutuales parroquiales y los restos de los antiguos gremios obreros de carácter religioso. El laicismo se esforzó por destruirlos, y poco a poco el obrero, especialmente industrial, quedó abandonado a la ley de la oferta y la demanda, como si su trabajo fuera una mercancía, y su condición llegó a ser peor que la de los esclavos. Los problemas sociales se amontonaron sobre la tierra trastornándose el orden establecido por el Señor, y las consecuencias tienen hasta hoy el mundo en tensión. Se había partido despreciando los derechos de Dios, suplantados por el Dios "Razón", y se terminó despreciando al hombre, hijo de Dios, criado a su imagen y semejanza. Ciegos y sordos los responsables de la economía y de los gobiernos liberales ante el llamado a la conciencia, continuamente renovado por la voz de la Iglesia, se llegó a los abusos hoy conocidos bajo el nombre de "capitalismo".

Es curioso y doloroso para los cristianos observar que la magna asamblea de las Naciones Unidas, al terminar la guerra más devastadora de la Historia, con el deseo de salva-

guardar al hombre de toda opresión, en su famosa Declaración de los Derechos Humanos, pasara íntegramente por alto los derechos de Dios sobre el hombre, que atañen a su misma conciencia personal y social, expresados positivamente en los Mandamientos de la Ley de Dios. Era de preverse que sin este fundamento, una declaración de valor unicamente humano, no pudiese ir a configurar ni a robustecer la conciencia interior del hombre, el cual si no reconoce a Dios a quien todo debe, menos se someterá a los hombres, aunque constituyan una asamblea como aquélla.

El hombre prendado de su libertad y alejado de Dios, incurre, hoy como en los tiempos del paganismo, en errores ideológicos y en extravíos morales, surgidos de las ilusiones que se forja y a los ídolos que se fabrica. Adoró la razón incurriendo en el racionalismo, adoró el dinero haciendo de él su única esperanza y su afán supremo en pos de la liberación. Naturalmente muy pronto, es decir en el ritmo de la ley de la Historia, se harían presentes las funestas consecuencias sociales del liberalismo económico, en las cuales la sociedad de hoy se debate delante nuestros ojos.

Ante estos errores la voz de la Verdad no titubeó en hacerse oír a través de los pastores de la Iglesia. Desde la condenación del Liberalismo Económico por parte de Pío IX y sobre todo por la voz de León XIII en su inmortal Encíclica Rerum Novarum, se ha hecho presente para los cristianos y para todo hombre de buena voluntad, la Doctrina Social de la Iglesia, fundamentada en los principios manifiestos de la misma naturaleza de la persona y de la sociedad, y en la Palabra Revelada por Dios en la Escritura y en la Tradición de la Iglesia de Cristo. Y no se diga que la voz de la Iglesia llegó tarde a solucionar los conflictos sociales provocados por el Liberalismo; el Obispo de Mainz, Mons. von Ketteler, observando los estragos del sistema económico liberal, tres años antes de aparecer el grito liberatorio de Karl Marx en su obra *El Capital*, escribía en 1846 en una Carta Pastoral: "No hay duda de que hoy la existencia material de la clase obrera, o sea la gran masa ciudadana de los estados modernos, de

sus familias, su pan cotidiano, depende de las fluctuaciones del mercado y del precio de las mercaderías. ¿Puede darse una situación más deplorable? Estamos en el mercado de los esclavos creado por la Europa Liberal, calcada sobre el modelo de la Masonería filantrópica, los helenistas anticristianos". La codicia humana no permitió escuchar los llamados de los pastores de la Iglesia, ni siquiera los insistentes reclamos de los pontífices. Ya el ateísmo moderno había comenzado su demolición de la conciencia religiosa, y con el andar de los años el desorden social habría de crecer como una bola de nieve rodando cerro abajo.

Basada en principios claros y universales, la Doctrina Social de la Iglesia ha sido orientadora permanente de las conciencias que con fidelidad asumen las responsabilidades que el cristiano trae consigo. Desde León XIII, a esta parte, toda una serie de documentos hasta la reciente Carta Apostólica de Paulo VI para conmemorar el octogésimo aniversario de la Rerum Novarum, han mostrado a los hombres el derrotero seguro en medio del avance de los tiempos y de los nuevos complejos problemas surgidos de las relaciones humanas. Allí están no para que sean archivados; ningún cristiano puede eximirse sin responsabilidad de conocerlos y de esforzarse por hacerla realidad donde vive y trabaja. Esta Doctrina no baja a conclusiones de carácter local, pero da los principios seguros para actuar sin caer en el error.

Resulta incomprensible que haya aun católicos que ignoren o finjan ignorar esta Doctrina de tan urgente aplicación. Paulo VI reclama "imaginación creadora" para poner en marcha sistemas comunitarios a partir de la economía familiar y doméstica, así como en la economía de la empresa industrial o agrícola, de manera que el hombre actúe con sentido de responsabilidad, el cual se genera mediante la gestación, la participación, la utilidad y aun la propiedad comunitaria de los bienes. Está en la naturaleza del hombre, arruinada por el pecado, pero restaurada en Cristo, llevar vida comunitaria, exigida para el verdadero progreso y el desarrollo integral. En una sociedad que adopta el Evangelio como

base y ley suprema de la vida comunitaria, el hombre es más libre que en la economía liberal, y más social que en la economía socialista bajo el férreo control del Estado.

EL LAICISMO.

Parece una pesadilla, pero es una realidad, que durante doscientos años se haya creado un mito y todo un sistema de acción destinados a desterrar a Jesucristo de la sociedad cristiana. Lo hemos palpado en todas sus tonalidades, lo hemos sufrido cediendo terreno palmo a palmo, a veces con la indiferencia imperdonable de algunos responsables, arrinconados por un esfuerzo misterioso, disfrazado de respeto por la persona, de neutralidad ideológica, hasta ver hoy día prácticamente al hombre sin Dios, a la sociedad atea, con las puertas abiertas para todos los vientos del error y la pasión.

Acerca de la Educación, escribe el pedagogo francés Luis Dessaint en la Revista de Educación laica: "Largos años de meditación y de experiencia me han llevado a creer firmemente que sin religión el hombre no puede vivir dignamente. La opción más importante de la vida es la que atañe al problema religioso, o sea al destino final del hombre, porque éste condiciona los otros problemas del hombre. En todas las religiones hay un fondo común de verdad eterna, una especie de depósito sagrado que la escuela pública, en todos los niveles, debe tratar de transmitir a las nuevas generaciones. La sociedad que falla a esta misión es una sociedad que abdica a sí misma. No me fio de una sociedad que ignora o finge ignorar el fin último del hombre. Terminará pronto en el caos".

La educación laicista crea desde la infancia y para siempre el hábito de no pensar nunca en Dios, de progresar cada día sin tomarlo en cuenta. Es natural que resulte mucho más fácil este método negativo, porque enseñar el laicismo es como pretender liberar al hombre de toda religión, para entregarlo al gran libertinaje de un libre albedrío sin una ley que informe la conciencia. Así se prepara para tarde o temprano

el estado totalitario. No hay civilización que resista, la historia lo comprueba. ¿O es que se podrá constituir una sociedad sobre un caos moral, en el cual ni el bien ni el mal tienen sentido, porque no hay ni Dios ni Ley que oriente las conciencias? Quien no reacciona ante este narcótico y se deja seducir por este sutil error que marca la mentalidad moderna, verá insinuarse e instalarse sistemas que esclavizan al hombre en forma insoportable. Es así como los ídolos destructores se van turnando ante nuestros ojos en el drama de la humanidad contemporánea, tal como lo habían señalado oportunamente los pastores de la Iglesia: la Razón, el Capital, el Estado. Si el hombre no conoce al Dios verdadero, al Dios Salvador, fabricará siempre sus ídolos, y caerá adorándolos hasta ser devorado por ellos.

EL COMUNISMO ATEO.

No es de extrañar que la indiferencia religiosa, las pasiones humanas, el egoísmo, la soberbia intelectual y moral, el contagio con los errores en boga, tanto de pensamiento como de actitud y de acción, hayan contagiado a tantos cristianos, hasta el punto de neutralizarlos ante la presencia del ateísmo materialista convertido en doctrina, en sistema, en imposición del Estado totalitario. Alguien dijo que los pueblos se preparan su propia suerte, cuando no han sido fieles a Dios. Es cierto también que hay sociedades, lo mismo que individuos, que son sometidos a prueba por la Providencia de Dios, para su purificación, para escarmiento y para enseñanza de los demás pueblos. Esto sucede, especialmente allí donde los cristianos que libremente gozan de los derechos y las prerrogativas de hijos de Dios desprecian al Padre. Si siempre fuesen conscientes de la tremenda responsabilidad de ser cristianos, habría avanzado más el Reino de Dios, reino de justicia, de amor y de paz.

En cuanto a la situación política de una nación, a los pastores no les incumbe pronunciarse sobre decisiones de carácter temporal, sino únicamente cuando los derechos del hombre

son conculcados por olvido o manifiesto desprecio de la Ley de Dios.

Acabamos los obispos de Chile de entregar un documento al respecto, que servirá para orientar a los cristianos en este momento como ciudadanos. Por mi parte, en esta carta quiero recordar una sentencia de uno de los primeros filósofos de la antigüedad, pagano, pero amante de la ley impresa en la mente por ese Dios que él no conoció. En su obra *La República*, dice Platón: "Cuando un pueblo, devorado por la sed de libertad, llega a tener a la cabeza anfitriones que le sirven hasta embriagarlo, sucede que, si los gobernantes resisten a las exigencias crecientes de los súbditos, son declarados tiranos. Y sucede igualmente que quien se demuestra disciplinado ante sus superiores es tildado de hombre sin carácter, de siervo. Y sucede que el padre, acobardado, termina por tratar al hijo como a un igual y no es más respetado. Y que el maestro tampoco es respetado por los alumnos, los cuales se burlan de él. Y que los jóvenes pretenden los mismos derechos y la misma consideración que los ancianos, los cuales, para no aparecer demasiado severos, dan la razón a los jóvenes. Y en este clima de libertad así entendida, en nombre de la misma, no hay más consideraciones ni respeto por nadie. En medio de tanta licencia nace y se desarrolla una mala planta: la tiranía" (Libro II).

Sólo algunas interrogantes dejo abiertas a mis diocesanos en esta carta para que reflexionen, como adultos, como hijos libres del Padre Dios, acerca del materialismo dialéctico como sistema.

¿Puede el hombre aceptar como doctrina verdadera aquella que suprime todo vestigio de Dios, del Ser Supremo conocido por la exigencia de la razón, demostrado por el convencimiento universal, por la voz de la conciencia y por la preclara Revelación Cristiana?

¿Puede el ser humano someterse a un sistema que le impide orientar su vida personal, familiar y social según el dictamen de su conciencia naturalmente religiosa?

¿Es aceptable declarar bueno todo lo que conduce a la implantación de un régimen determinado, y malo todo lo que no conduce a él, desvirtuando el criterio moral, desplazándolo desde la Ley Natural y la Ley de Dios hasta una ley del Estado Totalitario?

¿Podrá el cristiano ser tan ingenuo que se deje inducir a un concepto de vida, a un sistema que propugna la justicia social suprimiendo la fuente de toda justicia humana, que es la ley de Dios impresa en el corazón del hombre, y trata de poner en reemplazo la voluntad del Estado como si fuese Dios?

¿Aceptarán los hijos de Dios que les sea ridiculizado el concepto de Dios impunemente, ese Dios de nuestros padres, infinitamente santo, sabio, justo y misericordioso? ¿Serán tan necios de aceptar la caricatura de Dios que no fue vista en los espacios siderales por los cosmonautas blasfemos?

¿Qué respuesta da el materialismo ateo al sufrimiento, a la muerte, a las aspiraciones supremas, serán meras alienaciones?

¿Obtendrán paz en justicia y libertad los ciudadanos que aceptan como principio moral el odio hasta la liquidación de todo adversario ideológico, o al ciudadano de otra condición social?

¿Se podrá dar crédito a un sistema que, para imponer su ideología, falsifica la Historia, cambia el significado de las palabras, masifica la propaganda, monopoliza la educación, reduce a silencio la opinión pública, suprime la libertad de expresión?

Estos no son juicios ni "prejuicios" de un burgués. Lenin escribió en 1913, en carta a su amigo Gorki: "Se abre un nuevo capítulo de la historia humana, al término del cual quedará en pie la Iglesia Romana o el mundo comunista. Dios es el enemigo personal de la sociedad comunista".

Lenin veía claro; tenía razón. No hay compatibilidad entre dos absolutos. O, como decía San Pablo: ¿Qué tienen que hacer las tinieblas con la luz!

El ser humano no es un "ser económico", mutilación degradante.

"Señor, nos hiciste para ti e inquieto estará nuestro corazón mientras no descanse en ti". (San Agustín, Obispo de Hipona).

CRISTIANISMO FUNDAMENTAL.

Conocer a Dios y conocer a su enviado Jesucristo es, según el Evangelio, tener vida eterna, y es poner a la vida temporal el único fundamento posible de verdad, justicia, amor y paz.

La ignorancia induce a aceptar cualquiera clase de propaganda, aunque ella contenga los errores más absurdos y nefastos. Hoy se asiste a un proceso aplastante ejercido por la propaganda mediante medios técnicos, en manos de los rectores sea del poder económico, sea del poder público o Estado. La propaganda puede oprimir al hombre hasta despersonalizarlo.

El Evangelio no tiene más armas que la verdad y el amor que suscita. Los que lo ignoran, naturalmente lo desprecian, sobre todo cuando sufren el impacto de una campaña de desprestigio religioso sistemática. Que nada cuesta destruir, mucho edificar. Cierto es también que las propagandas oportunistas, por más tendenciosas y falsificantes que sean, pasan dejando la sensación de vacío y la frustración. En cambio quienes han encontrado la verdad y el "don de Dios" en la fe, al mismo tiempo que viven la eternidad del Reino de Dios, van haciendo avanzar la humanidad hacia él. El Plan de Dios no dejará de cumplirse.

Asistimos a una serie de falsificaciones de la Historia. Es indignante como, a propósito del cristianismo de un plumazo se suprime hoy en la educación toda consideración de su trayectoria histórica, con su riqueza espiritual y moral incomparable. ¿Saben los católicos de hoy que en la fundamentación de la Iglesia, de su doctrina y de sus instituciones, de su fe y de su moral, dieron la vida en los suplicios once

millones de mártires en los tres primeros siglos? ¿Han sido advertidos que todos los errores históricos y todas las pasiones desenfrenadas se han estrellado contra Ella desde su fundación? ¿Saben que sólo en nuestro siglo veinte la Iglesia no ha dejado un momento de sufrir persecución, así en el Méjico de Calles como en los países soviéticos y satélites, como en Alemania de Hitler, como en la China de Mao? ¿Han sido borradas de la Historia para que los cristianos ignoren estos antecedentes y pierdan el sentido de adhesión y de aprecio que deben a la Iglesia, su "Madre y Maestra", adornada con sangre de tantos de sus hijos?

Hoy se habla de neutralidad, se adopta el pluralismo ideológico como fundamento social, y está perfectamente. Pero este obispo habla a sus diocesanos, que han optado por el cristianismo, que se profesan católicos, es decir miembros vivos del cuerpo de la Iglesia. Les recuerda que tienen por misión no la lucha ideológica ni la ruptura, sino por el contrario, son "sacramentos y signo de unidad con Dios y con todos los hombres", llamados a formar una sola familia de hermanos. ¿Ignoran que el motor de la unidad humana no puede ser otro sino el amor, infundido por Dios en los corazones iluminados por la fe, conforme al Mandamiento Nuevo "AMAOS COMO YO OS HE AMADO", sin distinción de clase, ni de raza ni de nación?

Junto a la sangre de los mártires, auténtica semilla de cristianos, pesan en la balanza de la eficacia del cristianismo los esfuerzos permanentes de la perfección espiritual, el trabajo personal y orgánico del apostolado, la abnegación continua en obediencia y sencillez de los cristianos fieles al Evangelio, la disciplina moral de los auténticos discípulos de Cristo, las obras de misericordia, a veces admirables realizadas por la caridad, la labor misional, la oración asidua, en una palabra, la fe, la esperanza y el amor, patrimonio indefectible de la Iglesia de Dios.

En esta carta —que sin querer se alarga— este obispo se ve obligado por la necesidad a ilustrar a los fieles, haciendo un mínimo alcance apologetico de la labor de la Iglesia en el

mundo, ya que en el ángulo en que hoy se ubica la mayoría de ellos, la Iglesia se divisa desprovista de dimensiones reales, empujada, criticada, humillada, despreciada, sin atractivos para el exigente hombre moderno consciente de su saber y su poder, inconsciente de su atrofia espiritual.

¿Quién abolió la esclavitud, la lacra de las culturas paganas? Si se comparan los conceptos del hombre nacido esclavo, enunciado por los mayores genios del pensamiento pagano anterior a Cristo, cualquier sociólogo moderno, educado en mentalidad cristiana, se horroriza. Los jurisconsultos Cayo, Marciano, Ulpiano, del imperio que dominaba el mundo antiguo. cuyo centro era Roma, indican en sus escritos que los esclavos son despreciables como las bestias de carga y los muebles. Séneca, gran filósofo escribe: "La vida no tiene nada de precioso, ¿acaso no viven también los esclavos y los animales? Cicerón, la máxima lumbrera del Derecho Romano, observa que "todos los trabajos de los artesanos son despreciables, porque un taller de trabajo no tiene nada de noble". Fue el cristianismo el que introdujo el ideal de la fraternidad, y acabó con la esclavitud por la convicción de la verdad de su doctrina y por el testimonio de los fieles.

Si nos preguntamos de dónde sacaron los representantes de las Naciones Unidas, en su Declaración de los Derechos Humanos, sus conceptos acerca de que "todos los hombres nacen libres, son iguales en sus derechos y merecen la consideración de su persona por la sociedad", tenemos que constatar que lo deben a la penetración del Cristianismo, al Evangelio, a la Iglesia. Pero hoy hay demasiados cristianos que lo ignoran, o han aprendido la historia de otra manera. Unos se avergüenzan del nombre de cristianos, otros han perdido el hilo e ignoran la trama de la Historia de la Salvación, recamada de luces y sombras, pero indefectible en su línea de liberación integral del hombre, redimido por la Sangre del Hijo de Dios.

¿Quién se preocupa, por ejemplo, de salvar a los niños abandonados, y de proveer por sus vidas, despreciadas, abandonadas por la cultura materialista, por la sociedad del con-

fort? No ha sido otro sino el espíritu de los cristianos dedicados a miles de obras destinadas a la infancia irregular, que si uno las conoce se llena de admiración. ¿En qué ciudad del mundo no están las religiosas y los religiosos a cargo de los huérfanos, de los vagos, de los contrahechos?

Conocí en Toscana la obra Nomadelfia, verdadera ciudad libre, que habiendo comenzado con 45 niños vagos, destinados a la delincuencia, fueron acogidos por Don Zeno, fundador de la obra. Se interesó por ellos, corrió todos los riesgos y las aventuras de su generosidad sin límites, confió sin medida en la Providencia para hacer de sus pelusas hombres libres que supieran amar y entregarse. Fue criticado, perseguido, incomprendido. Hoy son más de cinco mil los habitantes de Nomadelfia, que a partir de los 45 niños vagos se han constituido democráticamente en comunidad organizada, distribuidos en familias que a sus propios hijos añaden equitativamente los hijos adoptados. La educación, la salud, el gobierno, la producción, todo está sabiamente regido por el Mandamiento Nuevo, grabado en el corazón de esos felices habitantes de Nomadelfia que, ante todo y sobre todo son cristianos. Quien conoce esta "creación" del cristianismo se ve obligado a "creer en el amor". Don Zeno fue últimamente nombrado párroco de Nomadelfia, su obra. Esta aparece como un campo poblado por familias acomodadas, con sencillos edificios, campos de labranza, graneros comunitarios, talleres y su gran iglesia, ha publicado la historia de esta experiencia comunitaria singular, llamándola UNA PROPUESTA PARA LA HUMANIDAD, que termina con la siguiente oración: "Señor, ordena a los ángeles de las largas trompetas de plata que soplen ahora sobre la tierra haciendo sonar sus trompetas a la rosa de los vientos, para una reunión de todos los hombres de buena voluntad, para que se hagan hijos libres de la Libertad, entrando a formar parte de la "Gente Nueva", como pueblo fundado, en todas sus expresiones vitales, sobre la ortodoxia de nuestra Fe Cristiana y de nuestra Iglesia". El diario de Londres "Every Body" escribe: "¿...es mucho esperar que en Nomadelfia, en el centro de la herida Europa de

post-guerra, la vida a la cual aspiramos se haya hecho realidad sobre la tierra? Porque aquí está el cristianismo puesto en marcha; aquí está la única respuesta que se pueda dar a la inhumanidad materialista... Aquí se ha encendido para el mundo una llama que ya jamás nadie podrá extinguir”.

No muy distinta es la obra “MI CASA”, que en Chile se ha hecho cargo de la vida, la educación, el porvenir de miles de niños vagos, despreciados, temidos, odiados por la sociedad del confort. ¿A quién se debe sino a la fe cristiana, a la Iglesia, a un sacerdote?

¿Quién se preocupa de los ancianos, los contrahechos, los incurables en una civilización técnico científica como la nuestra, atrofiada en “Humanidad”? ¿No se ha llegado a “decretar” la eutanasia, y la eugenesia, verdaderos crímenes humanos, ante los cuales siempre, solitaria, se levantó la voz del Pastor desde el Vaticano “non licet”?

Habría que conocer las innumerables obras inspiradas por el amor para penetrar el sentido del Evangelio encarnado en los cristianos que no se enredan en meras ideologías socio-económicas, sino que ponen su vida al servicio del que sufre. Allí están los milagros de la caridad cristiana como la Piccola Casa de Don Cottolengo, la obra de Don Orione, la de Don Gonella, santos continuadores de Don Bosco, cada cual con su carisma. Y las innumerables fundaciones encomendadas a institutos religiosos, admirables en su orden, en su eficiencia, en su servicio a la sociedad en todo país cristiano. A través de una indiferencia pasiva, fruto de mucho intelectuallismo y poca caridad, se las relega al olvido, como si no fuesen más necesarias. Se pretende suplantirlas por elucubraciones mentales y por sistemas ideológicos planificados en oficinas de planeamiento, cargadas de burocracia calculista y sin alma; se cree poder arreglar los problemas humanos como si la humanidad fuese un organismo mecánico, o un hormiguero que actúa por el instinto de individuos impersonales, sin alma y sin libertad.

¿Quién llevó la liberación y la cultura a países atrasados o en la barbarie, sino los misioneros enviados por la Iglesia,

voluntarios abnegados, vitalicios, impulsados únicamente por el amor a Dios y al prójimo? No hay región, por difícil de acceso o inhóspita, que haya sido abandonada de la caridad universal de los misioneros católicos, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, desde el Himalaya hasta Hawai, desde la selva africana hasta la selva amazónica. No tenemos lejos el ejemplo: nuestros indígenas no han tenido más amparo, más educación ni más auxilio durante cuatro siglos, sino el de los misioneros de Araucanía. Con ellos conviven haciendo propia, no desde un salón, sino desde la rudeza de sus reducciones y las lejanías de sus montañas, la vida y los problemas de nuestros aborígenes, enseñándoles la superación y colaborando en su promoción humana y cristiana, es decir en la civilización del espíritu, sin odios ni rencores, sino en el amor al trabajo, el cumplimiento del deber, el respeto a los demás, la liberación integral auténtica. Varios centenares de misioneros y misioneras, entregaron sus vidas anónimas al progreso de Chile, y sus restos yacen en nuestros cementerios misionales, dando testimonio de su fe y de su caridad evangélica. El mundo los ignora, y lo peor es que hasta los cristianos de hoy, narcotizados por ideologías y sistemas de vida faltos de verdad y de caridad, son insensibles a este testimonio y buscan la justicia, el progreso y el bienestar en utopías increíbles, formuladas por terminologías científico-técnicas vacías de contenido vital, en estructuras mentales sin espíritu que las anime.

FOCOS VIGOROSOS DE LUZ Y DE FUEGO DIVINO:

LOS MONASTERIOS.

Como en la Europa de los bárbaros la obra del cristianismo irradió su acción en gran parte desde los monasterios, en esta época humana tan perturbada que es la civilización materialista, se abre como una expectativa de acción por presencia, más que como refugio de espiritualidad, la vida monástica.

Se han hecho camino ya entre los fieles la primacía del amor, la jerarquía de los valores y la comprensión del misterio último de todo: DIOS ES AMOR. Es el amor el motor puesto en marcha por Jesús, que envió su Espíritu sobre la Iglesia para que germine en la transformación del hombre y de la familia humana. Es, sin embargo, un don de Dios, un carisma infuso, que hay que pedir en la oración y hay que cultivar en la vida diaria. La Iglesia es, ante todo, la sociedad de los que se aman en Cristo, la escuela del amor verdadero. Tanto avanza la Iglesia, tanto avanza la humanidad, cuanto crece el amor entre los hombres.

Sin duda la primera respuesta del hombre a esta llamada, al abrirse a ella, es la oración. El Evangelio la señala como urgente, y la muestra como deber primero, más aún como lo único necesario en el sentido de deber relacionarlo todo con el Señor, de mirarlo sin interrupción. La oración silenciosa, humilde, constante, ha reunido siempre a las personas que han descubierto su valor y han sentido una vocación a ello: vivir en una relación permanente con Dios, dedicándose a la conversación con El. Es la vida contemplativa, regulada por la Iglesia a través de los grandes fundadores, en los monasterios. Sólo la fe descubre en ellos riquezas incomparables. El mundo de los vanos los ignora o los desprecia, no entiende esta vocación, es comprensible.

De los centenares de monasterios existentes en Europa, tuve la ocasión de visitar tres: el de Benedictinos de Einsiedeln, en Suiza; el de los Ermitaños Camaldulenses en Frascati, cerca de Roma, y el de las Capuchinas de Regina Mundi en Lagrimone, cerca de Parma.

El primero va lo describí anteriormente.

LAGRIMONE es un pequeño monasterio de reciente fundación, en las montañas de Parma, Italia. Una abadesa de la orden de Santa Clara de extraordinario vigor, que estuviera en Chile para la fundación del Monasterio de Pucón, hizo un llamado a jóvenes amantes de Cristo para fundar una comunidad en el ideal auténtico de austeridad, pobreza y oración, propuesto por Santa Clara, la hija espiritual de Francisco de

Asís. La providencia de Dios proveyó los medios necesarios, y en poco tiempo surgieron los muros del pequeño monasterio de Regina Mundi. Entre Montañas abruptas, a la salida de la pequeña aldea de Lagrimone, viven escondidas a los ojos del mundo veinte jóvenes hermanas en la más alegre pobreza y sencillez. Nunca entra un centavo al monasterio, ni tienen rentas ni cuenta monetaria alguna. Sólo la limosna en comestibles es aceptada, la que nunca les ha faltado ni les faltará. Siete horas dedican a la oración y siete al trabajo, generalmente para ayudar a los misioneros. La fraternidad entre ellas constituye una auténtica unidad de ideal, de espíritu y de amor. A la Abadesa la llaman simplemente "mamma", mamacita, siendo una de las más jóvenes. No hay ni luz eléctrica ni calefacción, aunque el frío es intenso y la nieve sube hasta un metro en el invierno.

Mas de seiscientos monasterios de Santa Clara, a los que hay que añadir de otras tantas órdenes contemplativas, constituyen para la Iglesia un baluarte de vida y de méritos que enriquecen su alma universal y aseguran la bendición para la labor apostólica en la que está empeñada para la salvación de la humanidad.

EL YERMO CAMALDULES DE FRASCATI

La vida monástica instaurada por el Patriarca de todos los monjes de Occidente, San Benito de Nursia, se ramificó por cuenta de los monjes que dieron inicio a otras tantas órdenes monásticas de diversos tipos, que multiplicaron la presencia de estos hombres de Dios, de silencio, oración y trabajo por todos los países cristianos. Sólo nuestra América ha carecido de este factor tan necesario para el desarrollo armonioso de la Iglesia militante. Camaldoli fue el lugar donde San Romualdo, monje benedictino del siglo XI, fundara el primer yermo, o sea monasterio de monjes ermitaños, que se multiplicaron más tarde por toda Italia y otros países. La presencia de un monje chileno en el yermo camaldulés de Frascati, a 600 metros sobre los montes tusculanos, cerca de

Roma, me inspiró ir a compartir durante algunos días la vida eremítica. En silencio prácticamente casi perpetuo, en sus hábitos blancos, en sus ermitas alineadas alrededor de la iglesia monástica, viven en ese yermo veinte vidas varoniles, una vida más bien angélica que humana. Ocho horas de oración, parte comunitaria en el coro de la Iglesia, parte en la soledad de su ermita, y ocho horas de trabajo diarias constituyen la jornada eremítica. La labor es de agricultura, pues el monasterio vive de su trabajo. La comida es frugal, el ayuno perpetuo, fuera de domingos y festivos. La gran campana monástica reúne en la noche y en el día a los monjes para orar y para la celebración eucarística. Cuatro veces al año se reúnen para comer juntos, y durante la semana tienen algunos momentos de encuentro jovial. La alegría y la sencillez reinan en ese ambiente imperturbable. Quien los visita recibe la impresión de estar en la casa de Dios, como en un cielo anticipado. El misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo se realiza en continuidad en el monasterio: muerte al egoísmo de la propia persona y al placer de los sentidos, en la austeridad y el silencio; resurrección espiritual en el permanente coloquio con Cristo presente en el alma contemplativa y en la comunidad fraternal.

Aquí igualmente sólo la fe tiene la clave para descifrar este enigma, incomprensible para el mundo, sobre todo el mundo moderno, que busca rapidez, eficacia, bienestar sensible, curiosidad científica, diversiones. Aun para los cristianos que aspiran a un apostolado eficaz ante las necesidades inmensas de la Iglesia y de la sociedad, esta vida les parece fuera de foco, rastros de otros tiempos que marchaban en otro ritmo.

Sin embargo el Concilio por unanimidad de los padres conciliares manifestó su reconocimiento y aprobación laudatoria, considerando en esta clase de vida una respuesta al Evangelio digna del cristiano, una vocación de auténtica consagración al servicio de Dios, más aún, un privilegio de almas escogidas para una clase de vida llena de significado dentro

de la Iglesia, como signo de la resurrección en la adhesión permanente de Cristo resucitado.

También para muchos cristianos, se ha eclipsado el ideal monástico, y una buena parte de los monasterios han pasado o están pasando duras crisis, que purificarán su existencia e impulsarán a los monjes a una mayor perfección tanto personal como comunitaria, a un mayor amor. La milenaria historia de los institutos monásticos, con sus altas y bajas, hace mirar con confianza su porvenir, clarificado y renovado, como el cielo después de las tormentas.

De ellos dice el Concilio: "Estos institutos de vida contemplativa, cuyos miembros entregados totalmente a Dios en la soledad, el silencio, la oración constante y la austera penitencia, por mucho que urja la necesidad del apostolado activo, ocupan siempre un lugar preeminente en el cuerpo de Cristo, en que "todos los miembros no tienen una misión" (S. Pablo). Ya que ellos ofrecen a Dios un excelente sacrificio de alabanza, enriquecen al pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad, arrastran con su ejemplo y dilatan las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa. De esta forma son el honor de la Iglesia y atraen un torrente de gracias celestiales" (Decr. Perfectae Caritatis).

LOS SANTUARIOS.

Así como los monasterios son centros permanentes de vitalidad espiritual, así también los santuarios, especialmente los que honran a María la Madre de Dios, constituyen centros de irradiación de fe y piedad. Una experiencia veinte veces secular señala una virtud extraordinaria inherente a la vida de los santuarios marianos. Los cristianos, al tener la certeza de ser hijos de Dios adquieren un sentido espiritual indefectible que le hace reconocer una Madre, que es la misma Madre de Cristo, el Hermano Mayor, el Primogénito. Habiéndola recibido como Madre por herencia de Cristo en la Cruz, es natural que allí donde se desarrolla su culto acudan a invocarla en sus alegrías y en sus necesidades, como abogada,

“vida, dulzura y esperanza nuestra”. En ellos se sabe continuamente de personas extraviadas de la religión y de la Iglesia, que han encontrado el camino del retorno y han vuelto a la casa del Padre, que es la misma de la Madre.

No se puede quedar insensible ante estas manifestaciones de confianza hacia María que se observa en Lourdes, Fátima, el Pilar de Zaragoza, Montserrat, Loreto, Einsiedeln, Pompeya, Altötting, la Salette, Kaewellaer, Czestochowa, y otros tantos santuarios que sería largo enumerar e interesantísimo describir. Sólo en Italia hay sobre 1.400 santuarios de María, la “Madonna” invocada incesantemente con cariño y confianza, a veces con un criterio infantil que no es del gusto de algunos teólogos rigoristas. Sin embargo, seguramente no es la fuerza de los argumentos teológicos lo que mantiene o aumenta la fe del pueblo de Dios, sino la sensibilidad al amor infinito de Dios que tiene en María una de las revelaciones más acomodadas a la condición de los humildes.

AMOR SENCILLO, AMOR GENUINO, AMOR FILIAL.

Cuando los hijos crecen y dejan de ser niños, con gran facilidad dejan de ser gratos con sus padres. La ingratitud es hoy un vicio sin nombre, y tan corriente que llega a abrir con frecuencia un abismo entre padres e hijos. Algo semejante sucede con el crecimiento de la humanidad a una edad adulta. Mediante el mayor dominio del mundo material por el conocimiento científico y por el poder de la técnica, el ser humano ha llegado a prescindir de la paternidad de Dios. Simplemente no lo reconoce, y no lo ama, y aquí mismo comienza su desgracia. Sin amor el hombre puede convertirse, sin darse cuenta, en un monstruo peligroso, temible e inútil.

La iglesia es la única gran escuela del amor. En ella nunca ha faltado éste, el más alto e importante de los carismas del Espíritu, según San Pablo, el mismo que ha suscitado la santidad, los Santos, los héroes del cristianismo. Es cierto que hoy también a muchos les molestan los Santos en la Iglesia. Fruto de la ignorancia. Hay que saber quiénes son, y hay que

comprender de partida el significado que tienen en el Plan Salvador de Dios, para ubicarlos, y se tendrán por amigos, y se contará con su incomparable compañía espiritual y con su poderosa intercesión. Otros creen que los Santos son todos personajes legendarios. Sin embargo, lo más cierto es que hoy, talvez nunca como antes, florece la santidad en la Iglesia, en personas anónimas, pero cuya influencia van a verificar los cristianos, la humanidad, en la próxima generación. “En el reloj de Dios el minuterero marca años y el horario marca siglos”, decía el Cardenal Faulhaber.

Renovar el amor de los primeros cristianos, para que venga el reino de Dios, es la más urgente prioridad pastoral, es la única condición indispensable para el progreso auténtico, es la base de todo el edificio, es el verdadero camino hacia la UNIDAD.

LOPPIANO.

Conocí en mi viaje, cerca de Florencia, una ciudadela cuyo destino es enseñar a amar a los que quieren, en conformidad a la Ley de Dios, y al Mandamiento Nuevo de Cristo. Cada Domingo llegan de visita, durante todo el año, un mínimo de mil visitantes, de todas las naciones de la tierra. Entrar en contacto con la juventud que vive en Loppiano, es experimentar una plenitud de alegría como apenas es posible imaginar. En medio de esa juventud que allí aprende a olvidarse totalmente de sí, para vivir amando a los demás por amor al Señor, se queda uno convencido para siempre que el Evangelio es la verdad, y que el espíritu de Dios vencerá, sin violentar a nadie, toda resistencia.

En Loppiano hay dos pequeñas ciudades, una para muchachos y otra para niñas. Son quinientas personas de 37 naciones, todos adultos, que han acudido libremente atraídos por un ideal infinito: Dios que es el Amor. En Loppiano hacen su curso de dos años para consagrarse a ir luego por todos los países y dar a conocer su secreto de eficacia infalible, no ha-

blando, sino amando, amando siempre, amando a todos sin excepción, amando aunque cueste lo que cueste.

El Loppiano se trabaja duro para ganarse la vida, pero el trabajo es comunitario, se trabaja cantando, y cada día surgen nuevos cantos, porque "cantar es propio de los amantes" según San Agustín. Allí ha terminado toda diferencia y toda distancia de carácter, nacionalidad, raza y condición. Cada uno, inducido por la comunidad, aprende a morir, como dicen, al "hombre viejo", y comienza a experimentar, ayudado por la comunidad, la certidumbre más completa de que allí ha nacido un alma nueva, un alma común que a todos los supera, y que ha llegado a ser la vida propia de cada uno. Y esto no es de extrañar para un cristiano que tiene fe en la Palabra de Dios. No es figura literaria, no es recurso retórico que Jesús haya dicho: "Donde dos o más están UNIDOS en mi nombre, allí estoy YO en medio de ellos". La única condición es que haya UNIDAD, lo que significa renunciar a sí y vivir para los demás. Sólo el amor lo logrará. "Ama, y haz lo que quieres" (Agustín). "En este precepto está incluida toda la ley y los profetas". (Mat. 22,40). Los que han pasado por Loppiano son ya muchas decenas de miles, forman lo que llaman la GEN, generación nueva, diseminados por todos los continentes.

AMAR LA IGLESIA.

"No podrá tener a Dios por Padre quien no tenga a la Iglesia por Madre", se oyó decir allá en los primeros siglos, de la boca del más ilustre de los doctores, Agustín de Hipona. Amar a Dios y amar la Iglesia son cosas inseparables, como es Ella inseparable de Cristo. No en vano el Vaticano II tuvo por primordial finalidad poner a la Iglesia como luminaria, "signo levantado entre naciones" (Isaías) tratando de ilustrar las mentes de los fieles para una mayor comprensión, y sobre todo, un mayor amor a la Iglesia.

Sólo amándola, así sin mayores explicaciones, como un hijo ama a su madre sin saber las razones; sólo amándola

la comprenderemos, descubriremos en ella las maravillas que significa y que contiene. Y nos libraremos de contagiarnos con el criticismo racionalista que busca y encuentra fallas, y en vez de "santificarse para santificar", como Jesús lo dijo y lo hizo, hablan de ella sin gratitud, le echan en cara los defectos de sus hijos, indisponen contra ella a los de fuera, siembran discordia contestándolo y criticándolo todo. Ella, en cambio, es "el signo o sacramento de unidad" entre los hombres y Dios, y entre los hombres entre sí.

No es una sociedad política, aunque nada de lo que concierne a la organización social y política, a la legislación de los estados la deje indiferente, cuando está en juego la suprema dignidad del hombre.

Ella no es una sociedad temporal, aunque presente, a los ojos de los espectadores extraños, una sociedad con su administración jerárquica y orgánica.

Ella no es una sociedad filantrópica, aunque sus obras de caridad y de educación presentes en todo el mundo, hayan sido las únicas en su género durante siglos.

Ella no es "un Estado dentro de otro Estado", que se propone como objeto propio la obediencia a un jefe jerárquico lejano e internacional, que supera toda otra autoridad. Ella se propone, en cambio, formar ciudadanos ejemplares que obedezcan fielmente a su conciencia de hombres responsables, a la autoridad legítima.

Ella no es una sociedad secreta, sino que expresa abierta y claramente su doctrina de salvación, muestra a todos los monumentos que su fe ha levantado durante casi veinte siglos; ella propone el ejemplo de sus santos a toda la humanidad.

Ella no es una sociedad cerrada a sí misma, antes bien ella encierra invisiblemente a todos los hombres de buena voluntad, creyentes o no, siempre que ellos busquen sinceramente la verdad y la justicia. Algunos que se creen lejanos a ella, toman parte en sus filas a los ojos de Dios, porque Cristo murió por todos los hombres, y su gracia actúa en to-

dos los corazones. Es ésta una eterna verdad que el Concilio acaba de poner nuevamente de manifiesto.

Externamente, para algunos, la Iglesia es una fortaleza, para otros es un resto inerme de antiguas supersticiones. Vista desde dentro, ella es una morada de luz, donde la mirada no encuentra ningún muro y se extiende hasta lo infinito. Porque no es una sociedad autoritaria, sino liberadora; basta entrar a su interior para apercibirse de ello. Los convertidos lo saben muy bien, los que habiendo sido huérfanos han encontrado la madre. ¿Qué hace una madre sino revelar a cada uno de sus hijos lo mejor de sí mismos, con el fin de ayudarlos a liberarse de aquello que los impide avanzar hacia la plenitud humana, la liberación del pecado, la liberación de la adoración de los ídolos?

La Iglesia es, esencialmente, la levadura en la masa, una sociedad religiosa que trabaja para la salvación eterna de todos los hombres, y que se esfuerza por hacer más habitable la sociedad en la cual ella está insertada. Son éstas las nociones que el Concilio ha querido poner de manifiesto, para hacer entrar a Cristo más íntimamente en nuestra vida. El encuentro de la Iglesia con el mundo, no es un encuentro de dos poderes yuxtapuestos. La obra de fecundación interior que realiza la Iglesia es, más bien, la condición de todo progreso que quiere ser auténtico.

La Iglesia bien que compuesta por pecadores, es una escuela de santidad. Como decíamos más arriba, los santos son los guías más auténticos de la humanidad, los únicos modelos que se pueden imitar con plena seguridad, sin temor de ser engañados por las apariencias, ni de ser conducidos por mal camino. Lo que pierde al mundo es el orgullo, la ambición, el odio. Los santos representan la abnegación, pero irradian alegría y amor verdadero. La alegría de Francisco de Asís, herido con las llagas; y la de Francisco Javier, llevando el Evangelio con mil dificultades hasta el Extremo Oriente; la luz mística de Juan de la Cruz y de Teresa de Avila, la actividad prodigiosa de Vicente de Paúl y de Vicente Pallotti en favor de los oprimidos; el heroísmo cautivante de Domingo

Savio, muerto a los 14 años con luminosidad irradiante, o de María Goretti, asesinada en defensa de su virginidad a los 13 años, que convierte a su asesino en piadoso penitente. La belleza espiritual de Sor Teresa de los Andes y el vigor renovador del P. Alberto Hurtado, cuyos procesos de canonización han sido iniciados recientemente. Y tantos centenares de otros hombres y mujeres, talvez menos conocidos por la masa humana, pero harto más útiles y fecundos para el bien de la humanidad que los astros fugaces de la pantalla o del deporte. Ellos deberían ilustrar la mente y el corazón de los cristianos de hoy.

La esencia del cristianismo es el gozo espiritual, proveeniente de la plenitud de vida que encierra la presencia de Dios en el alma y entre los que se aman. Y también proveniente de la certeza de la victoria futura, que da valor para superar todos los enemigos, los que descubre disfrazados bajo vestiduras seductoras, o en pieles de oveja. A su alrededor no han faltado leones rugientes que, desde dos mil años han tentado toda suerte de medios para aniquilarla. La Iglesia los desenmascara y está cierta de poder superarlos hasta el fin de los siglos. Persecuciones sangrientas, herejías y cismas se han turnado en la embestida, quebrándose como las olas enfurecidas del mar contra la roca, tal como Jesús lo anunciara: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mat. 16,18).

La Iglesia, nuestra Iglesia, Esposa Inmaculada de Cristo, Madre y Maestra, peregrina de la Historia, siempre ha suscitado el amor íntegro de los fieles de Cristo, sobre todo cuando la ven perseguida, humillada, necesitada. Movidó por ese gran amor, un gran apóstol de la Iglesia, el P. Werenfried van Straaten, organizó en 1964 la gran cruzada mundial de AYUDA A LA IGLESIA PERSEGUIDA, dando a conocer los inmensos sufrimientos y las ingentes necesidades a que estaban sometidos nuestros hermanos en la fe en algunos países por causa del régimen político reinante. Esta cruzada adquirió inmensas proporciones, debido sobre todo a la predicación

y a la firme organización del P. Werenfried, transformándose en una obra universal, que hoy se llama Ayuda a la Iglesia Necesitada. Su floración puede apreciarse por los miles de cartas de adhesión de sus miembros, que dan testimonio de un heroico espíritu de oración y de sacrificio. El ejemplo del cristianismo purificado por la persecución que la Obra presenta a los cristianos de los países libres, da fuerza y firmeza en la fe a los católicos que en las crisis actuales de la Fe se exponen al contagio de la incertidumbre y la insensibilidad. En el terreno financiero esta obra ha logrado recolectar entre cristianos, excluyendo toda colaboración oficial de los estados, más de seis millones de dólares, distribuidos sin demora a la Iglesia de los países tras la cortina de acero y los países donde está en mayor dificultad para realizar su misión.

Amo a la Iglesia, porque en ella y por ella, Dios se hace presente y obra maravillas. Amo la Iglesia, porque me dio la fe y me la conserva. Amo la Iglesia, porque me renueva con la Palabra de Dios, con la virtud de los sacramentos y con la seguridad de su Doctrina. Amo la Iglesia, porque me muestra a sus santos, me anima a ir en pos de ellos siguiendo a Cristo. Amo la Iglesia, es decir amo todo lo que es de ella, por pequeño que aparezca, y por difícil que me resulte. Le entrego mis fuerzas, mi vigor corporal e intelectual, mi voluntad y mis deseos, lo que tengo y lo que soy. Tal es la consecuencia de mi fe cristiana, y el fruto de la Revelación en mí de la Palabra de Dios.

EL MISTERIO DEL PAPA.

Una ola de objeciones, de críticas, de contestaciones, de manifestaciones negativas se levanta contra el Vicario de Cristo. El fenómeno no es nuevo en la Historia. Lo que asombra es que esta lucha fría se frañe hoy día no al exterior, sino en el interior de la Iglesia. Mientras tantos no católicos y aun no cristianos, como Uthant, como Gandi, admiran y profesan una verdadera veneración por el Papa de Roma, se palpa no raras veces entre los hijos de la Iglesia una falta

de adhesión que es una verdadera conjuración del silencio en medio de la lucha de los espíritus que compromete a los hijos de la luz en la Iglesia Militante contra los hijos de las tinieblas.

Se alegan sutilidades bizantinas, pero son el pretexto de una falta de adhesión que nace del corazón. Por eso se lo encuentra poco atrayente, se le achaca que no tiene popularidad, que no comprende al mundo de hoy, que es poco simpático. ¡Qué no dijeron contra Cristo sus miopes contemporáneos!

Muy distinta es la mirada de la fe, que descubre en el Pontífice sucesor de Pedro al representante de Cristo, al "dulce Cristo de la tierra", como le llamaba Catalina de Siena. Porque el sentir del cristiano se fundamenta en la fe, y no en vaivenes de la opinión del momento, ni en las exigencias de ideologías de moda, sino en los valores eternos del Evangelio. Con precipitación los críticos amargados quisieran reformar la Iglesia a su propio antojo, colocándose en su estrecho ángulo, faltos de toda responsabilidad.

Quien lo conoce personalmente, y sobre todo quien sigue la línea de su pensamiento, la trayectoria de sus medidas de gobierno, el juicio acerca de los problemas del hombre de hoy, en sus discursos magistrales y en sus cartas encíclicas siempre en la línea trazada por Jesús desde San Pedro a nuestros días, no puede menos de admirarlo y de reconocer en él la roca firme de la Iglesia, el maestro de la fe, el continuador fiel de la obra gigantesca de los sucesores de Pedro en el gobierno de la Iglesia.

El mismo Pedro que recibió del Señor la orden de "confirmar a sus hermanos en la fe", es el que dirimió en la Iglesia naciente las contiendas doctrinales que salvaron la integridad de la fe, conforme a la sentencia agustiniana "Roma locuta est, causa finita est" habló Roma, se acabó la cuestión. El es el que hizo frente a los bárbaros y los mandó evangelizar, el que murió en el exilio en defensa de la libertad de la Iglesia, el que condenó el Liberalismo Económico, el Racionalismo, el nacionalismo, el comunismo ateo, la limitación

artificial de la natalidad, porque es su deber defender al hombre del error, por más conveniente que aparezca a los mezquinos cálculos del relativismo que ignora el destino eterno de la persona y las bases espirituales de la humanidad.

Ida Goerres, escritora alemana de renombre universal, antes de morir aseguró que Paulo VI pasaría a la historia como el salvador de esta generación y como el hombre más grande de su siglo.

Signo consciente e instrumento activo de la unidad de los cristianos y de la familia humana, Pablo VI ha entablado relaciones con todas las iglesias cristianas. Altos jefes de ellas, como Atenágoras, Patriarca del Oriente, lo veneran, admiran y aman como a un hermano mayor. En busca de la unidad, y en busca de los que están lejos, ha emprendido viajes a los cinco continentes, sin tomar en cuenta los setenta y tres años de su edad, recargada con el peso de su responsabilidad agobiante, con el peso de los problemas humanos que se acumulan en su corazón de padre, de las contestaciones de quienes, en vez de colaborar en la unidad, parecen más bien unirse a los adversarios. Porque es a la Iglesia a quien se ofende cuando se ofende al Papa, como toda indiferencia para con él es indiferencia con la Iglesia, y apartarse de él es apartarse de ella, es debilitarse en la fe, es decaer en el amor de Cristo.

En la borrasca de las confusiones ideológicas, en las cotidianas tentaciones contra la fe y la moral cristiana, en la incertidumbre que caracteriza a tantos cristianos de hoy, ahí está Pedro, la roca firme, el testigo de la verdadera fe, el apóstol incansable. "Donde está Pedro, ahí está la Iglesia" se dijo desde antiguo, y donde está la Iglesia allí está Cristo, allí está Dios.

LA UNICA REVOLUCION.

Esta carta no acabaría de escribirse nunca si ella quisiese expresar todo lo que el amor ha significado, significa hoy y significa mañana en la humanidad. Lo escrito quisiera ser sólo un pequeño aporte, un estímulo que el pastor desea ofre-

cer a sus diocesanos, para impulsarlos a la única verdadera revolución.

Ciertamente esta palabra revolución, está de moda. Hay una inconformidad latente en todos los ambientes; hay una inquietud porque la humanidad no anda bien; hay un deseo de cambios perfectamente comprensible. Sin conocer a fondo el hombre, sin saber quién es y cuáles son sus auténticos anhelos, correspondientes a su naturaleza, y no a ilusiones, ni a engaños ni a errores, nadie apuntará con certeza a promover su felicidad, ni siquiera la justicia y la paz a la cual todos tienen derecho. ¿Qué signo, pues, ha de tener esta "Revolución"? Esta carta quiere ser, aunque muy imperfecta, una respuesta a esa inquietud y a ese deseo de cambios, así en general, de los que ignoran cuál es la fórmula según la cual ha de establecerse el hombre nuevo y la nueva sociedad. Cambio de estructuras sociales, políticas, económicas, sí, seguramente. Pero ¿ha perdido el hombre su libertad, su originalidad, su autenticidad personal? Sobran libros, revistas y artículos sobre estructuración, cambio social, revolución. Falta en cambio, vidas que encarnen un ideal que signifique belleza, libertad, justicia, armonía, paz social e internacional. Ese ideal es Dios porque "Dios es amor", nos lo dice la fe. Si lo amas podrás constatarlo.

Los ídolos han caído y seguirán cayendo, llámense Razón, Capital o Estado. Han engañado al hombre cuantos han proclamado la muerte de Dios, la declinación del cristianismo, la ruina de la Iglesia, la inutilidad de la Religión. A pasos gigantes comience a crecer la convicción de la necesaria restauración de los valores espirituales, purificados de todo interés pequeño. Los signos de los tiempos van indicando las grandes líneas de la liberación del hombre, que son las líneas del avance del reino de Dios en la Historia humana. Esta transformación tiene un ritmo que urge tomar, para no retardar la obra de Dios. Más que transformación debería tener los rasgos de una REVOLUCION. "Las revoluciones humanas tienen la tendencia a hacerse sentir siempre en retardo, en un momento que no es más aquel por causa del cual habían sido promo-

vidas", ha dicho Thierry Mauliner. Además, toda revolución necesariamente trae consigo un germen de reacción que retarda el avance. En cambio, la verdadera revolución no es en primer término política, económica o social, sino ante todo espiritual: sólo cambiando las personas cambiará la sociedad, ésta es la razón por la cual la Iglesia representa la única y verdadera posibilidad de salvación que tienen los hombres, ya que es el instrumento permanente de la única revolución que puede salvarlos, la REVOLUCION DEL AMOR. Ella tiene por signo la cruz, pero es siempre de actualidad. A través de una finalidad sobrenatural se propone promover un mundo mejor, no con la violencia de las armas ni con el terror de las amenazas, ni con los fríos cálculos de la economía libre o la economía dirigida, sino con la transformación profunda de las almas de los hombres, a las cuales la Iglesia quiere comunicar la misma vida de Dios.

"Hay todo un mundo que reconstruir, transformándolo de bárbaro en cristiano, de humano en divino", decía Pío XII. Ningún ideal más atrayente podríamos ofrecer a nuestra juventud.

Nuestras almas se alegran de gozo inenarrable, y hay que extrañar que tan pocos aléluias suban hasta el cielo. Nos lamentamos continuamente de las dificultades en que vivimos, de que los tiempos son malos, de que la gente es imposible. Nos perdemos en los detalles y no vemos que los tiempos claman para el hombre un sentido de Dios captado a través del amor, que es lo único esencial. Nos contagiarnos con los ídolos, seducidos por sus atrayentes apariencias; parecemos cuerpos anestesiados, insensibilizados para captar el brillo interior de una fe que hay que recibir como un niño, y hay que realizar con inteligencia y amor. Hoy como ayer, y seguramente más que nunca, se tiene la convicción que la única salvación posible para los hombres, es el cristianismo tal como la Iglesia lo vive, lo propone y lo enseña. Siendo hijos de la luz, no nos apercibimos, por causa de una inercia agobiante, de que el cristianismo, es decir Cristo, es perseguido, crucificado, sofocado y desintegrado a nuestro lado, talvez

por quienes, estando señalados por el signo de la cruz de Cristo, perdieron su Espíritu Santo.

Callar en estas horas significaría debilidad inexcusable. Desenmascarar los ídolos es obligación moral de todo creyente. Sacudir la modorra, el miedo, la comodidad es orden del día. En ninguna nación faltan los pioneros de nuestra revolución cristiana. En algunas de ellas se la prepara bajo tierra como los primeros cristianos en las catacumbas. La nueva generación cristiana ya ha comprendido su llamado y ha emprendido su labor de alcance universal. La meta se llama UNIDAD, último anhelo de Cristo en su oración al Padre. ¿Acaso no estamos seguros de la victoria? A los cristianos nos corresponde prepararla, acelerarla, realizarla.

Para esta revolución tenemos una sola arma: el amor, el incansable amor, claro, abnegado y fecundo, en la fidelidad a la fe de la Iglesia, en la obediencia al Vicario de Cristo, hasta el heroísmo de la cruz, en cada momento de la vida: "IN HOC SIGNO VINCES"; hagamos nuestra esta histórica experiencia: CON ESTE SIGNO VENCERAS.

f. FRANCISCO VALDES S.
Obispo de Osorno.

Yermo de la Camáldula de Frascati, Roma. 16 de julio de 1971.